

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO I

Valladolid: Junio de 1903

Núm. 6

PEÑAFIEL

Iglesia del convento de San Pablo

El nombre de D. Juan Manuel es conocidísimo en la historia de nuestra edad media. Su estirpe regia la declara el ser nieto de San Fernando, y lo saliente de su personalidad el verle mezclado en sucesos militares y políticos de alta importancia. Los hombres de letras le conceden lugar preeminente como uno de los ingenios más notables del siglo XIV, leyéndose aun hoy día con sumo agrado las máximas ó ejemplos dados por Patronio al conde de Lucanor, y viendo como han servido de base á fábulas populares ó á sentenciosas décimas de Calderón que todos sabemos de memoria; pareciendo pugnar la vida tan agitada, guerrera y turbulenta que de él nos detallan los historiadores, con la plácida y tranquila del hombre de letras y del filósofo, cual lo demuestran las numerosas obras escritas por su mano y legadas al convento de dominicos que fundó el año 1324 en su villa de Peñafiel. Este último hecho contribuye á que los artistas recuerden á la vez con simpatía el nombre del infante D. Juan Manuel, uniéndole ante un monumento muy apreciable para la historia de las Bellas Artes, ya considerándole como á nuestra vista se presenta ya pensando en lo que pudo ser al tiempo de su creación.

El exterior del ábside dice bien á las claras la época en que fué edificada la iglesia. Corría el primer tercio de la centuria décimocuarta cuando el infante de Castilla, en quien las armas y las letras competían; dispuso, bajo cláusulas que se desconocen, la erección del templo en cuya capilla mayor había de tener cristiana sepultura, y dominaba entonces la influencia del arte que se ha convenido en llamar mudéjar, ó sea el resultante de las tradiciones arábigas conservadas por los artífices mudéjares, adaptado sin reparo alguno por los cristianos para sus templos y palacios, aunque con cierta mezcla de los dos estilos peculiares de los conquistadores y de los vencidos. Si como dicen, D. Juan Manuel conoció la lengua de los árabes, y de origen

arábigo son algunos de sus cuentos ¿qué extraño es que la misma procedencia tenga la iglesia de San Pablo? Construida de ladrillo desde la parte superior del basamento al tejazoz; presenta, así en los planos del ábside como en los respectivos contra-



PEÑAFIEL

EXTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN PABLO

(De fotografía de D. Gabriel Osmundo Gómez)

fuertes, varias zonas de arcos de diversas dimensiones, unos de medio punto y otros agudos ú ojivos, pero todos ultramériculares ó de herradura, exornados muchos de ellos con elegantes lóbulos, y ofreciendo al primer golpe de vista el aspecto de una construcción árabe, pues al fin el estilo peculiar que le distingue no pasa de ser una

derivación y consecuencia de la arquitectura desarrollada por los mahometanos. Cuatro series de arcos hay en toda la altura de los contrafuertes, y se reducen á tres en las paredes del ábside por ser el arco inferior de mayor tamaño, así como en la parte alta se cobijan bajo uno solo otros dos en forma de ajimez, sirviendo estas variedades de animado contraste.

Mucho mayor es el que ofrece otro cuerpo que se levanta al lado y en contacto del ábside mudéjar, pues su estilo acusa dos siglos de distancia, pasando la vista sin transición alguna desde la fábrica de ladrillo y sus arcos de herradura al lujoso ornato del renacimiento, labrado sobre piedra; consignando de ese modo en el edificio las dos épocas tan distanciadas en las cuales figuran con especial resonancia histórica dos individuos de la misma familia y de igual nombre. Un gran ventanal rematando en frontón ocupa la parte principal de la fachada, á su lado campean en dos grandes escudos las armas que se dieron al primer infante D. Manuel, y en el ángulo se levanta airoso un cubo ó torreón, contribuyendo á dar movimiento á las líneas á la vez que resulta un conjunto pintoresco.

Porque aun contrariando la unidad arquitectónica, reconociendo que es una amalgama de estilos sin conexión alguna, sintiendo cómo no? que la edificación del nieto de Fernando III el Santo sea hoy desconocida en su integridad; miro con gusto esos efectos bizarros, esos aditamentos que espontáneamente van colocando las generaciones sucesivas, los cuales pugnan con la severidad que demanda el estudio, pero que producen con sus distintas tonalidades y sus diferentes caracteres una nota especial muy simpática. Así veo á todos los espectadores cuando llegan á la pequeña plaza que circunda el monumento, dar algunas vueltas por el exterior de la iglesia y después de las observaciones que pueda hacer cada uno, escoger como punto de vista de conjunto aquel donde parece que se estrechan en cariñoso abrazo los dos célebres magnates que dan su nombre á la iglesia de Peñafiel.

* * *

He dicho antes que los restos de su primitiva fábrica pertenecen á la arquitectura que se ha convenido en designar con el nombre de mudéjar, é indicaba á la vez, aunque muy someramente, el fundamento de esta denominación. Conocía lo que en pró y en contra del arte mudéjar se había escrito, y creía bastante por mi parte aquellas breves frases; pero volví á leer nuevamente los textos de algunos escritores, y al refrescar con ellos la memoria, me pareció que no sería impertinente hacerme cargo del camino que el asunto ha seguido, pues aunque de él se hallen completamente enterados muchos lectores del BOLETÍN, no todos le habrán prestado igual atención. Procuraré sin embargo

condensar los argumentos con la mayor sencillez posible.

El año 1869 celebró la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando el ingreso de D. José Amador de los Ríos, quien escogió como tema de su discurso académico el estudio de cierto linaje de arquitectura, dentro del arte cristiano, que comenzaba á ser designado con el nombre de *mudéjar*. Así las afirmaciones del Sr. Amador de los Ríos, como los argumentos que para reforzarlas empleó D. Pedro de Madrazo en su discurso de contestación, alcanzaron una gran resonancia en el mundo artístico, y el calificativo de *estilo mudéjar* quedó aceptado, entrando de lleno y por derecho propio á formar una de las subdivisiones en la historia de nuestra arquitectura.

Muchos años después publicaba la *Ilustración Española y Americana* varios artículos del mismo D. Pedro de Madrazo censurando esa denominación de la cual él era coautor, y poniendo cual digan dueñas el *mudejarismo*. Tanto se había usado y abusado del vocablo, que ya D. Pedro se arrepiente de su propia obra, la repudia por falsa, abjura del mudejarismo, y casi casi viene á decir literalmente: «Ea, señores, se acabó; ya no hay arte mudéjar».

Pasado el primer momento de estupor, volví á leer y releer sus artículos, pues si yo había sido devoto discípulo de la doctrina que él había enseñado, justo era que estudiase con suma atención aquellas rectificaciones que la experiencia pudo aconsejarle. Escritas estas con el donaire característico de su autor y razonando con varios argumentos sus nuevas teorías, no lograron sin embargo convencerme por completo al compararlas con los textos primitivos; pero sí contribuyeron á sembrar algún tanto la desconfianza y el recelo.

Los fundamentos que se tuvieron para concentrar en un grupo especial el arte mudéjar, estribaban—ya lo he indicado á la ligera—en que los moros subyugados por las armas victoriosas de los cristianos en la época de la Reconquista, quedaron durante la mayor parte de ese largo periodo como vasallos de nuestros reyes, habitando en las mismas ciudades, continuando libremente la práctica de sus artes y sus industrias con la misma libertad que les permitían para las prácticas de su falsa religión. Por el trato frecuente y pacífico entre moros y cristianos, las artes habían de sufrir mútuas influencias; y los *mudéjares*, que así llamaban á los mahometanos sometidos, proseguían construyendo edificios y labrando objetos manuales de toda clase, según el estilo propio que tenían aprendido; pero transformándose insensiblemente en razón del contagio con elementos distintos, y de su adaptación en muchos casos al culto cristiano.

Desenvueltas ampliamente estas teorías por sus iniciadores, llevadas tal vez á la exageración

por historiadores y artistas; quiso D. Pedro de Madrazo reaccionar los espíritus, y fundándose en que por razón de su origen y por la sucesión de razas diferentes, no podía tener ese arte mudéjar igual carácter y la misma fisonomía en toda España; hizo tabla rasa de su primera doctrina, proponiendo sustituirla con las denominaciones de árabe-bizantino, mauritano y granadino; quiere que los objetos de arte se designen por su estilo puro ó bastardo y no por la condición personal del artifice, estableciendo además la duda de que sea producto de manos mudéjares todo lo que hoy de mudéjar se califica.

Pero los *mudejaristas* se hallaban ya en mayoría. Precisamente había escrito también otros artículos D. Rodrigo Amador de los Ríos en defensa entusiasta de la denominación creada por su señor padre, y da por inconcuso no solo que hay un *estilo mudéjar*, sino que éste entra de lleno en la jurisdicción del *Arte Cristiano*. La semilla, pues, tiene hondas raíces, creo difícil hacerla desaparecer por completo, y tal vez fuera oportuno establecer algunas agrupaciones en ese nuevo arte, aunque no se me oculta el peligro que traen consigo estas subdivisiones excesivas.

Por eso no intento profundizar el asunto. Háganlo en buen hora los arquitectos, los arqueólogos, los eruditos; yo, aunque aspiro á conocer la historia y el desenvolvimiento de nuestras artes, no voy nunca—al menos así lo procuro—más allá de donde debo llegar. Ante la iglesia de San Pablo existente en Peñafiel, dije que pertenecía al género arquitectónico conocido con el nombre de *mudéjar*, pues esos caracteres tiene, hiciéranle alarifes árabes, ó cristianos que siguiesen las mismas máximas de construcción y de ornato, é igual calificativo ha empleado mi amigo y compañero D. Ricardo Huerta, cronista de la excursión. Si algún día se llega á un acuerdo sobre puntos hoy en litigio, entonces estudiaremos unos y otros como es debido las nuevas enseñanzas.

Terminada esta digresión, volvamos á nuestros Manuales.

De ambos dan amplias noticias los historiadores. El infante D. Juan Manuel, el primitivo fundador, enlaza su nombre con hechos trascendentales ocurridos durante los reinados de D. Sancho el Bravo, D. Fernando el Emplazado y D. Alfonso el Justiciero. Este pidió por esposa á Doña Constanza Manuel, hija de D. Juan; en la villa de Peñafiel se concertaron las capitulaciones matrimoniales, y en Valladolid tuvieron lugar los desposorios; pero intrigas y cábalas políticas hicieron que el rey poco después repudiase á su esposa. Más afortunada Doña Juana Manuel, hermana de aquella, compartió el tálamo y el trono con D. Enrique II el Bastardo, siendo madre del rey D. Juan I. De los hijos

varones de D. Juan Manuel, no hay memoria de grandes hechos ó hazañas, y D. Fernando es conocido por D. Fernando el de Villena.

Transcurre mucho tiempo hasta que se ve figurar un descendiente de la misma casa llamado también D. Juan Manuel, quien tomando partido por el archiduque D. Felipe el Hermoso, llega á ser su privado durante el breve tiempo que ocupó el trono. El favorito aparece mezclado en sucesos é intrigas políticas en los primeros años del siglo XVI, y habiéndole nombrado el rey D. Felipe I, gobernador del castillo de Burgos, quiso obsequiar á su soberano el día de la posesión con suntuosos festejos; siendo esto causa involuntaria del fallecimiento del rey acaecido en Burgos. Continuaba en la fortaleza de dicha ciudad D. Juan Manuel, á quien no pudo traer á su servicio D. Fernando el Católico, y decidido éste á dominar las rebeliones de la nobleza, consiguió que se rindiera el castillo, huyendo Don Juan Manuel y buscando refugio en la corte de Maximiliano, con el cual había estado en correspondencia. Calla la historia lo que sucedió después á aquel magnate, ó al menos no he encontrado su huella en el rápido estudio que de su vida he hecho para trazar estas líneas.

Mas si permaneció extraño á los acontecimientos políticos ocurridos durante la última parte de la regencia de Fernando el Católico y el reinado de Carlos V, á su patria volvería, y en el convento de San Pablo erigido por su bisabuelo en Peñafiel, quiso también dejar impreso su nombre mandando derribar el ábside correspondiente al lado del Evangelio para construir una nueva capilla, terminada en el año 1536, y escogiéndola para su enterramiento, según consta en la inscripción que rodea el alto de la capilla y que ya va copiada en la Crónica del viaje inserta en el Boletín anterior (1).

Si por fuera llamaba la atención la capilla de este ilustre procer, el interior es seguramente la gala y el ornamento más preciado de la iglesia de San Pablo. La riqueza decorativa propia del primer renacimiento español, domina por completo en las pilastras y en la archivolta del gran arco que comunica con la capilla mayor, ó en la pequeña y bellísima puerta que se halla enfrente y puede apreciarse por el fotograbado adjunto. Las columnas abalaustradas y los grutescos tallados sobre piedra con sus niños, bichas y adornos que los enlazan para formar un conjunto variado; los medallones colocados en las enjutas del arco más pequeño; los grupos de niños en las elegantes ménsulas de los ángulos ó á lo largo de la cornisa donde se grabó la inscripción conmemorativa; todo contribuye á

(1) Una hija de éste D. Juan Manuel y de D.^a Catalina de Castilla, llamada D.^a Mencia Manuel, falleció el año 1567 é hizo asimismo edificar una capilla para su entierro en el convento de Sancti-Spiritus de Valladolid.

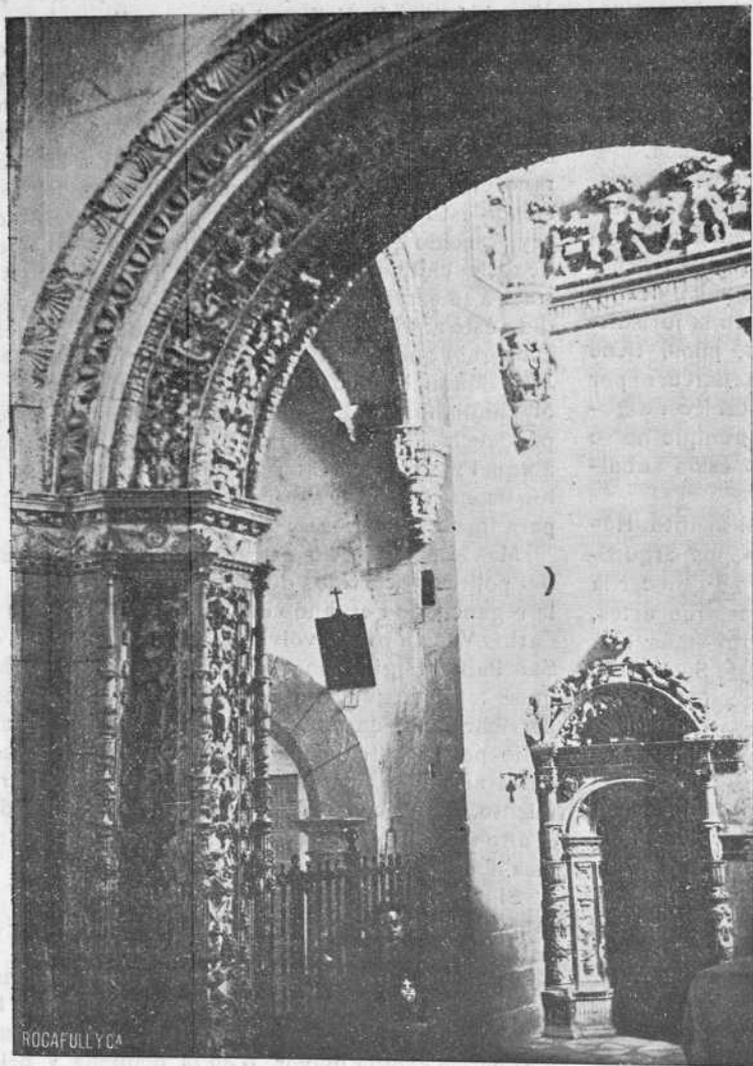
dar á la capilla ese carácter fastuoso y atrayente que caracteriza el renacimiento de las artes, grato para los artistas y grato también para la masa general del público. Tanto es lo conservado en España de ese género, tal nuestro bagaje de Renacimiento

habilidad material que caracterizaba á aquellas legiones de modestísimos entalladores, maestros, oficiales ó aprendices, pues todos ponían mano en tan complicadas y prolifas obras.

Dentro de la capilla se experimenta la impresión, no por frecuente menos sensible, del destrozo, del asolamiento inculto. Las dos rejas que había, adivinanse por las señales de haber estado empotradas en los muros; el retablo ha desaparecido, pero indica también su primitiva existencia una gran moldura decorada que le servía de marco, dentro de cuyo espacio se hallaría un cuadro de pintura, sola ó combinada con imágenes de escultura, tal vez un tríptico ejecutado en Flandes por algún artista con quien hubiera estado en relaciones el amigo y privado de D. Felipe el Hermoso.

Nada queda de esto. Más hue-lla ha dejado, aunque se contem-ple con amargura, el mausoleo destinado al fundador de la ca-pilla. Consérvase solamente por desgracia, un trozo, un pedazo arrinconado, salvado no se sabe cómo por piadosa mano amante del arte y de la historia de su pueblo; allí está maltrecha la efi-gie del orgulloso caballero des-cendiente de infantes, de reyes y de santos; con su toisón al cuello, con las armas de los Manuales finamente grabadas en el traje, revelando haber sido notabilí-sima escultura. Y de la artística cama sepulcral únicamente deja-ron un fragmento aunque bas-tante para dar idea de su disposi-ción y de su ornato, pues está dividida en compartimentos por pequeñas columnas, con hornaci-nas é imágenes.

Dada la época á que corres-ponden estas obras, no sería ex-traño hallar escrituras de funda-ción, conciertos con artífices ó otros indicios por los cuales se fuera conociendo la marcha de los sucesos; pero hasta ahora permane-cen ignorados los documentos que puedan servir de guía. Un solo nombre hay conocido como escul-tor notable y vecino de Peñafiel en aquel tiempo, y si esto asocia alguna idea para la posibilidad de que hubiese intervenido en las obras de la capilla, consi-



PEÑAFIEL

INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN PABLO
CAPILLA DE D. JUAN MANUEL, BIZNIETO DEL INFANTE D. JUAN MANUEL

(De fotografía de D. Pedro Escudero Rodríguez.
Proporcionada por D. Valeriano Valiente)

que á veces me pregunto cómo puede interesarnos de ese modo el conocer nuevos modelos de un estilo tan abundante en nuestra patria; es porque lo bello siempre es bello, porque la variedad de motivos es infinita, y pareciendo los mismos se renuevan sin embargo con espontánea originalidad; es también por la factura, por el sentimiento artístico y la

otros indicios por los cuales se fuera conociendo la marcha de los sucesos; pero hasta ahora permanecen ignorados los documentos que puedan servir de guía. Un solo nombre hay conocido como escultor notable y vecino de Peñafiel en aquel tiempo, y si esto asocia alguna idea para la posibilidad de que hubiese intervenido en las obras de la capilla, consi-

Córdoba, la de Sahagún y otras muchas piezas que quedaron suyas, repartidas en toda España, en que se muestra el valor de su ingenio raro con mayor efecto que puede escribirse».

Para formar idea de lo que fué la custodia de León, se hace preciso recordar las de Córdoba y Toledo, y describir el precioso encaje que forman las finas labores con la plata aderezadas.

En época del obispo de Córdoba Don Martín Fernández de Angulo (1510-16) se empezó por Enrique de Arfe la magnífica custodia, que salió por primera vez en la procesión del día del *Corpus* de 1518 (1).

La planta de tan esplendente obra es de duodecágono regular de un pie de lado, sostenido por ruedecillas interiores. Sobre la planta de nacimiento, perfectamente acusada en sus doce vértices por cabecillas de serafines, se levanta el zócalo ó basamento compuesto de tres ricas zonas, cuya descripción dejamos al sabio Don Pedro de Madrazo (2), primero que describió minuciosamente la obra: «la primera—de dichas zonas—de ángulos entrantes y salientes, deja francos seis de los lados del duodecágono para la colocación de las asas ó agraderos por donde se sostiene la custodia. Esta primera zona viene á formar un zócalo de seis estribos, en cuyas caras están representadas escenas alegóricas, alternando en andanas de graciosos relieves, danzas grotescas y pastoriles con pasos de la Biblia relativos á la conducción del Tabernáculo. Remata esta zona con una preciosa crestería dorada. En los bajo-relieves mencionados alternan la plata y el oro.—Segunda zona: fórmanla un zocalito pequeño, luego una cenefa de hojas y figuritas, luego una crestería dorada, después otra cenefa más ancha de hojas sùtiles, de plata mate, con figuras doradas. Esta segunda zona va en disminución, y sostiene la tercera, que se compone de los cuerpos siguientes.—Tercera zona: basa saliente, que sirve de cornisa á la cenefa de la zona inferior. Esta basa está adornada de crestería dorada. Sobre ella sube un cuerpo de doce lados, siguiendo la misma disposición de ángulos entrantes y salientes de las zonas inferiores. Este cuerpo presenta en cada espacio entrante tres compartimentos, y en cada cara saliente tiene frontera una torrecilla ó estribo que arranca de la base de esta tercera zona sobre una linda repisa de cenefa dorada. Ofrece, pues, el cuerpo que vamos describiendo seis caras salientes detrás de las seis torres ó estribos, y seis espacios de á tres compartimentos francos á la vista. En estos compartimentos, divididos unos de otros por

pequeños estribos con sus delicadas agujitas, hay otros tantos espacios rehundidos, de una pulgada de profundidad, en que se representan de alto relieve escenas de la vida y pasión de N. S. Jesucristo, en figuras de dos pulgadas, primorosamente trabajadas. Son estas escenas diez y ocho. Sobre este cuerpo hay una cornisa saliente, adornada por la parte inferior con una cenefa de plata mate. Es de notar, que á medida que el todo va disminuyendo desde la primera zona de la custodia, los espacios entrantes van proporcionalmente ensanchando: manera artificiosa de conseguir que campee el cuerpo interior y principal sobre que se levanta el viril.—Forma este cuerpo principal un machón cilíndrico de cristal (en que se contiene el SSmo.) que descansa en una basa también cilíndrica, cuya parte inferior reviste una ancha cenefa exagonal, en disminución, formada de sùtiles hojas y figuras por el estilo de las cenefas inferiores. Del machón transparente en que se encierra el viril, sale en forma de rotonda, y como derramándose á modo de penacho circular, la bóveda gótica, que recae en las torrecillas que ocupan los espacios salientes de la planta de este cuerpo principal. Estas torrecillas están en la misma disposición y lados que las otras que vimos arrancar de la base de la zona tercera del primer cuerpo, y se hallan entre sí unidas con sùtiles arbotantes que rematan en figurillas.—La bóveda circular que asegura el cuerpo cilíndrico del viril, y que recuerda desde luego la de la rotonda que dedicó Constantino como capilla fúnebre á su hija Sta. Constanza, sostiene otras torrecillas más delgadas, que alternan con las inferiores, y en vez de levantarse en los lados salientes, se elevan en los entrantes y sostienen otra bóveda, plana y calada, bajo la cual se cobija una graciosa estatuita de N.ª S.ª en su Asunción. Sobre esta bóveda se levanta una especie de dombo calado, formado por un vistoso conjunto de agujas y arbotantes de segmentos de círculo que entre sí las unen por la parte superior, y sobre el dombo descuelga una corona terminada en una estatuita del Salvador triunfante, con la cruz.—Las dos bóvedas ó baldaquinos, la que gira en torno del machón del viril, y la otra superior que cobija la imagen de N.ª S.ª, están en la parte exterior disfrazadas con elegantes arcos conopiales, con sus grumos y preciosa crestería. Y las torrecillas que suben de los cuerpos bajo y principal están cuajadas de estatuitas sobre sus lindas repisas y bajo caladas marquesinas.—Alternan en esta bellísima pieza de orfebrería el oro, la plata bruñida y la plata mate, y parece al sol una maravillosa cristalización de sal gema, brillantes y oro. Pesa 532 marcos de plata, y para ella contribuyó con 100 marcos el arcediano de Córdoba D. Francisco de Simancas.—Desgraciadamente no se mantiene hoy

(1) La catedral de Córdoba tiene otra gran custodia de plata que pesó 800 marcos, empezada á hacer en 1713 y terminada en 1724 por iniciativa del obispo Siuri, quien gastó en ella 10.000 pesos. La de Arfe se llamó la custodia vieja.

(2) España. Sus monumentos, etc., tom. Córdoba, pág. 331, nota.

en su primitiva pureza de estilo esta joya artística, porque se renovó siendo gobernador del obispado D. Pedro de Salazar y Góngora en el año 1735, y entonces sin duda alguna se le añadieron algunas piezas de mal gusto que es lástima la desfiguren.— No se terminó esta obra en vida de D. Martín Fernández de Angulo, pero dejó este piadoso prelado en su testamento, otorgado á 20 de Junio de 1516 (que existe en el Archivo, caj. I, núm. 133, legajo 5), 500 ducados para que se acabase».

Lo detallada de la descripción del Sr. Madrazo, y las notas que la acompañó, sacadas del archivo de la catedral de Córdoba, nos relevan de entrar en más pormenores. Veamos otra obra riquísima y análoga, debida también á Arfe.

De composición bastante parecida á la de Córdoba es la de la catedral de Toledo. Aún no había desaparecido la custodia antigua que tenía la iglesia primada, en los alborotos ocurridos en 1521 con motivo de las Comunidades de Castilla; pero como si presintiera el gran Cardenal Cisneros en 1515 tal despojo, dispuso se hiciera otra custodia más rica y primorosa que la existente, para lo cual presentaron modelos Diego Copín y Juan de Borgoña (este en pintura); sin embargo, Enrique de Arfe fué á Toledo, y presentada traza de la obra, fué encargado de labrar la custodia, quizá por la fama que le dieran las de León y Córdoba. Por el modelo se le pagó á Arfe (1) en 23 de Octubre de 1516, 50.000 maravedies, y en 1517 empezó el trabajo que terminó en Abril de 1524, sin que nadie le hubiera ayudado en la labor, á excepción de un joyero llamado Lainez que en 1523 hizo la cruz en que remata la custodia, al decir de un historiador de los monumentos de la imperial ciudad. En 1525 varió el mismo Arfe la base é hizo otras modificaciones, y quedó terminada su obra, que se compuso de 5.600 piezas sujetas por 12.500 tornillos, y en la que empleó 795 marcos de plata (2).

Tiene esta alhaja cerca de tres varas de altura y afecta, como hemos dicho, las líneas de conjunto de la de Córdoba, por lo que no hemos de describirla en detalle. Tiene en la planta la forma de duodecágono y lleva escudos de armas del cardenal Cisneros (1495-1517), de Don Alonso de Fonseca (1524-34), en cuyo tiempo trabajó Arfe, y los del cardenal Quiroga (1577-94) y cardenal infante de España, Alberto (1595-98), en que se reformó y terminó como está en la actualidad, además de otros de la catedral y de los canónigos obreros que lo

eran al empezarse y concluirse. Sobre esta zona se asienta otra calada de forma general de exágono, y viene enseguida el basamento ó arranque del cuerpo principal, en el que resaltan seis pedestales cuadrados que dejan entre sí espacios para magníficos bajo-relieves representativos de pasajes de la vida y pasión de Jesucristo. De cada pedestal parte un pilarcito compuesto de columnitas y multitud de estatuitas con sus repisas y doseletes calados de preciosa ejecución. Los pilares reciben caprichosos arcos y sostienen la bóveda interior reforzada de aristas salientes, de que penden campanillas, con clave de florón de piedras preciosas. Este cuerpo está reforzado con otros pilarcillos exteriores, á manera de contrafuertes, igualmente decorados con calados, junquillos y delicadas labores, y terminados por estatuas. Afecta la misma forma exagonal el segundo cuerpo, al que vienen á apoyarse arbotantes, cuajados de menuda y fina labor, del primer cuerpo, y se cubre con bóveda también que cobija una estatua de Jesús resucitado. El tercer cuerpo es de líneas parecidas, pero mucho más estrecho, y prepara el cerramiento de muchísimo gusto en el que campea la cruz de oro y diamantes, rubies, esmeraldas, topacios y otras piedras preciosas, labrada por Lainez, como dijimos.

Del detalle de la obra nada hemos de decir; nos basta trasladar las palabras del Sr. Parro sobre tan primorosa alhaja, trabajada «con la más increíble proligidad y el más exquisito esmero, hasta el punto de que sea imposible sacar dibujo alguno (de la custodia), á menos que se hiciera de su mismo tamaño, pues no se puede disminuir la escala en lo más mínimo, sin que se tenga que omitir infinidad de preciosísimos detalles que no alcanzarían á tener cabida en más reducido espacio».

Una y otra custodia, la de Córdoba y la de Toledo, son una gran armazón compuesta en líneas generales como si se copiara una obra grande de cantería, con los elementos propios, nacidos de la construcción ojival, pero estrechando y suprimiendo masas hasta lo inverosímil, haciéndose sumamente aérea, tanto que el menor movimiento la agita como si quisieran romperse los delgados elementos que la forman. A esta estructura sutil y delicada, acompaña en ambas una decoración y ornamentación prolijas, bordadas, casi microscópicas, que no se pueden dibujar sinó á tamaño natural, como hemos copiado de Parro, pero no por eso descuidadas ni afectadas, todo lo contrario, pulcras, limpias, estudiadas con excesivo cuidado y esmero.

Y con esto podemos formarnos idea de lo que sería la custodia de la catedral leonesa, desaparecida en mala hora para el arte.

JUAN AGAPITO Y REVILLA.

(Se concluirá.)

(1) Un estudio detallado de las particularidades referentes á la custodia y modificaciones que experimentó hasta 1595, puede verse en el minucioso Don Sixto Ramón Parro en su *Toledo en la mano*, t. I., págs., 559-570.

(2) La custodia interior de oro no fué obra de Arfe; la compró el Cardenal Cisneros de la cámara de la Reina Católica, y pesa 57 marcos, 8 castellanos y 4 tomines de oro.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Boletines y revistas.

Boletín de la Real Academia de la Historia.—Tomo XLII (Enero-Junio, 1903).—A cambio de nuestro modesto BOLETÍN hemos recibido los seis cuadernos que constituyen el tomo XLII del magnífico que publica la docta Academia de la Historia. De las excelencias del texto nada hemos de decir conocidas como son las plumas de escritores tan insignes y eruditos que ilustran los interesantes informes leídos en la Academia. Solo hemos de indicar, por no repetir el sumario de los cuadernos, lo que se refiere á esta región, consistente en estudios epigráficos del sabio é infatigable P. Fita, que va aumentando prodigiosamente, é ilustrando con gran conocimiento, la importancia de la epigrafía romana en España.

En el cuaderno 1.º se dá noticia brevísima del anillo Marciano de Astorga que apareció en una herrería del arrabal de Rectivia y posee D. Juan Pañero, anillo de oro, liso, procedente de los gnósticos priscilianistas, de importancia solo por el hecho de pertenecer á una de las sectas secretas de España. Con alguna más extensión se estudia el anillo gnóstico de Astorga, en el cuaderno 2.º por el P. Fita, y con anotar el nombre del autor del artículo, puede venirse en conocimiento de la suma de datos que no en muchas páginas acumula el sabio académico de la Historia.

El cuaderno 3.º ha publicado, por el mismo autor, un artículo sobre *Epigrafía romana de Astorga*, que viene á ser un estudio de la monografía que sobre el mismo asunto escribió recientemente D. Marcelo Macías, que aportó once inscripciones de la época romana desconocidas por los lectores de Hübner.

Una *Excursión epigráfica* publica el cuaderno 4.º, en la que se dan inscripciones de una ara encontrada en Varea, dedicada á Júpiter, y dos en Murillo de Rio Leza (Logroño), destinadas á Mercurio y Minerva, éstas publicadas ya por Hübner, aunque con indicaciones de sitio muy imperfectas.

El conjunto del tomo es ameno, y variados sus asuntos. Un volumen más que aumenta la rica colección de la docta Academia.

* *

Boletín de la Comisión provincial de monumentos históricos y artísticos de Orense.—Números 30, 31 y 32 (Enero-Junio, 1903).—Meritísima es la labor de la Comisión de monumentos de Orense. Con escasos recursos, pero con gran entusiasmo y constancia, publica una vez cada dos meses un modesto Boletín, en la forma, repleto de estudios, notas y trabajos que acreditan de activos y laboriosos á los dignos individuos de la Comisión que debiera tener

más imitadores en las de España, donde es muy frecuente hasta trabajar para conseguir un cargo cuyas obligaciones se olvidan al tomar posesión de él. Es cierto que existen Comisiones en otras provincias—y hemos de verlo en otras ocasiones—celosas y merecedoras de aplauso, pero no es esto lo general: pueden escudarse las que apenas son conocidas por sus escasas manifestaciones de vida, en la falta de recursos, en la ausencia de toda protección, más el que no se vea su trabajo, no es asunto de censura; pero no son pocas las que no hacen nada. Indiquemos ahora algo del Boletín de la de Orense.

En los tres números citados que tenemos á la vista se publica algún artículo que ha transcrito el *Boletín de la Academia de la Historia*, y esto ya dice bastante, y un magistral estudio, *De re Gallaica*, escrito por D. Benito F. Alonso, lleno de curiosos antecedentes de la historia antigua.—Dáse también en el número 30 noticia de *Un sarcófago cristiano* en un erudito artículo de D. Arturo Vázquez Núñez, que rectifica la inscripción del mismo dada por Hübner, y fija con más fundamentos la época de su construcción, en armonía con lo señalado por el P. Fita. El estudio hecho sobre el mismo sarcófago por el Sr. Vázquez Núñez y las razones que apuntan son de gran estimación, y no las echarán en olvido los que se dedican al estudio de la epigrafía hispanolatina.—En el número 31 se dan curiosas noticias por D. N. Tenorio de cómo se celebraban las elecciones en 1614 en Viana del Bollo, y en el 32 se copia una nota del P. Fita sobre «Los judíos gallegos en el siglo XI» que vió la luz primeramente en el «Boletín de la Academia de la Historia».

La tarea de esta Comisión benemérita es digna de encomio y de loa. ¡Que se inspiren en ella las Comisiones de monumentos de otras provincias!

* *

Boletín de la Institución libre de Enseñanza.—Núm. 518 (31 Mayo 1903).—Interesante como siempre el último número recibido, después de publicar en la sección pedagógica un estudio sobre la «Educación en los Estados Unidos», da en la «Enciclopedia» unas «Notas de viajes por España» reseñando el Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia, D. Eduardo Soler, unos apuntes brevísimos de los «Monumentos de Guadix» en los que se señala la importancia de las iglesias mudéjares, casi toda con magníficos artesonados, del tiempo de los Reyes Católicos y algunas de la época de Carlos I. Las iglesias de Santiago, Santa Ana, San Francisco, la Magdalena, Santo Domingo y la ocupada por las Hermanitas de los pobres, dan señales de una influencia y de un desarrollo de un arte aún no bien estudiado, digno de serlo por su carácter español. En el mismo estudio se indican muy someramente casas particulares de gran as-

pecto señorial y algunos restos de construcciones árabes en los que está una puerta y torres de la fortificación y la interesante Alcazaba, que son motivo para una curiosa excursión á la antigua ciudad, cabeza de sede episcopal de las más antiguas del orbe, como es la de Guadix.

En la misma sección aparecen unos apuntes de vulgarización de «Cuestiones electro-químicas», por D. Benito de Buylia, y el informe de una «Excursión geológica á los cerros de Ribas de Jarama y Almodóvar (Vallecas)» verificada por los alumnos de la Institución.

El adelanto que representan las excursiones escolares de la «Institución libre de Enseñanza» es inmensísimo. Se adquieren en las excursiones, además de conocimientos que no se olvidan tan pronto, costumbres cultas, se dá distracción al espíritu y el organismo todo se impregna de aire puro y de los aromas del campo, tan beneficiosos á nuestras decadentes generaciones.

Además de los citados se han recibido en cambio de este BOLETÍN, la «Revista de Extremadura»; el «Boletim de Architectura e Archeologia da Real Associação dos Architectos e Archeologos portugueses» y la «Revista de Huesca», de las cuales, y demás que se reciban, daremos cuenta en números sucesivos.

J. A.

Noticias

Nuestros estimados amigos y consocios, los individuos de la Comisión de monumentos de esta provincia, D. Ramón Alvarez de la Braña y D. José Martí y Monsó, vocales académicos. D. Luis Pérez Rubín y D. Santiago Guadilla, vocales natos, han sido comisionados especialmente por aquella, para informarla sobre el mérito artístico é histórico de la iglesia de San Cebrián de Mazote. Justamente, dentro de pocas semanas hará el año que nuestro Director llamó la atención de tan interesantísimo monumento y estudió con algún detalle la fábrica de tan desconocida obra del siglo X. Suponemos que el informe que den nuestros distinguidos amigos será luminosísimo, como es de esperar de su ilustración y competencia, y que será la base del expediente oficial para que en día no lejano sea declarado monumento nacional el insigne edificio, de que hoy damos un detalle, como ofrecíamos no hace mucho tiempo.

Elementos ilustrados y entusiastas personalidades de Salamanca han fundado una sociedad excursionista parecida á la nuestra. Tan pronto como hemos sabido su constitución nos hemos dirigido á personas de influencia y arraigo en la ciudad her-

mana, felicitándolas por su iniciativa é interesándolas se unan á nuestra *Sociedad* á fin de constituir y formar un núcleo de importancia con ramificaciones de no menor valía en las demás provincias castellanas y leonesas. Han recibido algunos con simpatía nuestro ofrecimiento y se hacen gestiones para que la excursionista salmantina se sume á la nuestra. Las gestiones no parecen ir por mal camino; pero nada más podemos adelantar por ahora. De todas maneras hemos de hacer constar lealmente que los que más ganaríamos con la fusión de ambas entidades, seríamos nosotros.

El consocio D. Narciso Alonso A. Cortés, nuestro apreciable Tesorero-Contador, el poeta, el infatigable anotador de nuestra historia de la literatura, el vencedor de tantas lides literarias, ha obtenido recientemente un nuevo triunfo, en los Juegos florales celebrados en Córdoba, con un estudio crítico sobre Juan de Mena, y otro en el certámen iniciado por la «Academia de Estudios superiores de Valladolid» sobre el tema de los escritores vallisoletanos del siglo de oro.

Unimos nuestra felicitación más entusiasta á las muchas que ha recibido el señor Alonso A. Cortés; y como toma parte activa en nuestra labor, no le decimos más que.... no sea la última vez que le aplaudamos, que equivale tanto como decir que siga presentando sus trabajos de investigación y de crítica en esos brillantes y nobles torneos de la inteligencia y del buen gusto.

Sección oficial

EXCURSIÓN Á BURGOS

Deferente la Comisión directiva con los deseos de algunos socios, ha preparado para el día 28 del corriente una excursión á Burgos.

Se saldrá de Valladolid en el tren correo de las seis de la mañana de dicho día y se regresará en el llamado tren de toros, á ser posible.

En vista de dificultades encontradas para alojamiento, se extendería la excursión al 29, si se facilitase hospedaje oportuno.

Se visitarán la Catedral, San Gil, San Nicolás, la Cartuja, las Huelgas, el Hospital del Rey, Arco de Santa María (Museo provincial) y demás monumentos y cosas curiosas.

Cuota: 25 pesetas comprendiendo viaje de ida y vuelta en 2.ª, desayuno, almuerzo y comida, gratificaciones y gastos generales.

Para las adhesiones, que se acomparán con la cuota, dirigirse á D. Juan R. Hernando, Duque de la Victoria, 18, hasta el 27 á las siete de la tarde.